

Lunes, 20 de junio 2022

“Te hago luz para que mi salvación alcance a muchos”

2R 17,5-8.13-15a.18 Rechazaron las advertencias que les hizo.

Sal 59,3-5.12-13 Estabas airado, pero restáuranos.

Mt 7,1-5 Os van a juzgar como juzguéis vosotros.

No queramos tener al mismo tiempo a Cristo Jesús en la boca y los deseos mundanos en el corazón (S. Ignacio de Antioquía). No podemos servir a dos señores al mismo tiempo. Los que se dejan llevar por los deseos de la carne ponen su pensamiento en lo carnal (Rm 8,5-ss). En cambio, los que se dejan enamorar por el Espíritu buscan que sea el amor el que reine en sus corazones. Por tanto, los que viven según la carne se alejan de Dios; ¿Cómo le van a agradar?

Démonos cuenta que al acoger la Palabra, a Cristo Jesús, tenemos vida eterna, porque el que cree en el Hijo, tiene en sí el testimonio, la experiencia de su amor (1Jn 5,12-13).

Volvamos a la Palabra, dejemos las apetencias y guardemos la palabra de Dios que es la Verdad, la que nos hace ser imagen de Cristo; y así, si le pedimos lo que le agrada, nos escucha y sabemos que lo conseguimos. Nuestro pensar será grato y nuestro obrar estará de acuerdo con su voluntad.

Si nos dejamos llevar por la Palabra, esa Palabra nos justifica y nos redime y el Espíritu que nos habita nos conduce a la esperanza y hacia las cosas del cielo; pasando de la cobardía a la valentía, de la timidez a la osadía. Así, adheridos al amor de Cristo, ¿quién o qué nos puede separar de él? No nos olvidemos que nos hace ser hijos de Dios.

Si sufrimos con él, también seremos glorificados en él y por él. En la esperanza somos salvados. Ahora nos queda perseverar en esa esperanza. Así seremos juzgados nosotros por la misericordia. No tengamos miedo, el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad y además intercede por nosotros.

Sábado, 25 de junio 2022

“Somos hijos por la fe que tenemos en Cristo Jesús”

Lm 2,2.10-14.18-19 Tus profetas te ofrecían falsedad y engaño.

Sal 73,1-7.20-21 Que pobres y afligidos alaben tu nombre.

Lc 2,41-51 Ellos no comprendieron lo que les dijo.

Han emborrachado esta sociedad con el vino de la corrupción (Ap 17,2-18). Por el contrario, quien escucha y acepta mi palabra, la coge y la entraña, ese me ama y yo lo amaré y me revelaré a él, mi Padre lo amará y vendremos a él, haremos morada en él.

Cristo Jesús es la Palabra y el Padre la envía para que escuchemos su voz y el Espíritu Santo en mí nombre os enseñará lo que digo. No se revela al mundo, sino a quienes se dejan seducir por la Palabra.

La predicación es para que nos olvidemos de los dioses falsos y nos dejemos amar por nuestro Dios. Los ídolos los hacen los hombres, de la fiebre del poder, tener, apetecer...

Al escuchar la Palabra de Dios nos va transformando en personas nuevas, pues nos va haciendo de una naturaleza que no es de la carne, sino del amor de Dios. Este nuevo ser lo engendra la fe y el bautismo le da luz, la Iglesia lo amamanta, con el pan celestial lo alimenta y con las buenas obras madura en santidad de vida.

Nos coge de la mano para que se nos pase la fiebre de la corrupción y hace una alianza con cada uno de nosotros. Una alianza fiel, de cada día, que va recreando una tierra nueva (nosotros), en una fe y un corazón en el que habita su amor, la Palabra que desciende a empapar y fecundar la tierra en el cada día.

Palabra en la que encuentra el pasto y recupera la imagen y semejanza del Hijo; en el que cada día se encarna el amor de Dios. Cada día nos hace nuevos, para que no digamos que “ya lo sabía” (Is 48,6-8). El que tenga oídos que escuche la Palabra, para que entre en él el Espíritu Santo (Ap 3)

Miércoles, 22 de junio 2022

“Que tus obras den gloria a Dios”

2R 22,8-13;23,1-3 El rey le leyó el libro de la Alianza.

Sal 118,33-37.40 Enséñame a cumplir tu voluntad y a guardarla.

Mt 7,15-20 Cuidado con los profetas falsos.

No rechaces la enseñanza, la corrección ni te enfades porque te reprenda, pues reprende a los que ama y “castiga” a sus hijos preferidos. Nos trata como amigos, pues, ¿qué padre no corrige y reprende a sus hijos? Dios lo hace para que participemos de su santidad.

La corrección incomoda al que la recibe, duele, pero da como fruto una vida bien formada, honrada y en paz.

Caminemos según la Palabra, que es luz para nuestros pasos, para nuestra vida; luz para comprender y asumir la vida de fe.

Un árbol bueno da frutos buenos. Nosotros predicamos a Cristo Jesús fuerza y sabiduría de Dios (1Co 1.22-24). Por eso necesitamos estar enraizados en la Palabra y mantener, a raya, los deseos de la carne que nos hacen la guerra (1P 2,11-25). Y así nuestra conducta sea buena, creíble; verán que nos comportamos honradamente, y agradecidos por sentirnos tan amados, daremos gloria a Dios.

Acatemos las leyes que vayan hacia el bien, porque así lo quiere Dios; así, haciendo el bien tapemos la boca a la estupidez de los ignorantes.

Amémonos de verdad como hermanos, siendo comprensivos, sumisos unos a otros por amor; pues para eso hemos sido llamados. Si hacemos el bien y soportamos los sufrimientos hacemos lo que agrada a Dios. Cristo Jesús, el que no cometió pecado ni encontraron maldad ni engaño en él, se puso en manos de Dios para que vivamos lo que le agrada, lo que es justo, lo que está bien. El Señor da su gracia a los humildes y se resiste a los soberbios, se interesa por ti.

Jueves, 23 de junio 2022

“Que lo que hagas sea para gloria de Dios”

2R 24,8-17 Hizo lo que el Señor reprueba.

Sal 78,1-2.3-5.8-9 Que tu compasión nos alcance pronto.

Mt 7,21-29 La casa no se hundió porque estaba cimentada sobre roca.

Padre, este es mi deseo: Que los que creen en mí, estén conmigo donde yo estoy, como tú estás en mí y yo en ti; que también ellos sean uno, para que estén en nosotros. Estos son nuestros cimientos: Ser uno por, con y en Cristo Jesús. En Él alcanzamos la salvación si nos dejamos perdonar, redimir, renovar, restaurar. Así vivimos en la esperanza que no defrauda. Esperanza de poseer el reino prometido: Quien me sigue pasa de la muerte a la vida. Quien cree en Él, vivirá para siempre participando de la eternidad prometida con Él y en Él.

La fuerza de Dios en la fe custodia nuestra salvación, aunque de momento nos toca vivir las situaciones diversas que prueban nuestra fe.

No olvidemos que el Hijo nos confía su vida, se pone en nuestras manos, nos ofrece la conversión con el perdón (Jn 3,31-36). Por tanto, lo primero es gustar y ver el amor que derrocha en nuestros corazones: Si el afligido invoca al Señor él lo escucha y salva de sus angustias (Sal 33). Reanima lo que tienes en ti, tu experiencia, y no la dejes que se apague, que muera por la rutina..., acoge la Palabra y guárdala (Ap 3,20-22).

No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos. Porque no se trata de rezos ni ofrendas ni..., es la Palabra la que da vida, la que se une a nuestra carne, la entraña, la vivifica. Es Cristo Jesús el que da la vida a los que creen en él, a los que participan de él.

Nos abriste el oído para escuchar tu Palabra y poder decirte: Aquí estoy para hacer tu voluntad.

Viernes, 24 de junio 2022 **Sagrado Corazón de Jesús**

“Dios da el Espíritu Santo a quien le obedece”

Ez 11-16 Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas.

Sal 22,1-6 Tu bondad y tu misericordia me acompañan siempre.

Rm 5,5b-11 La prueba del amor que Dios nos tiene nos la ha dado en Cristo Jesús.

Lc 15,3-7 Cuando la encuentra se la carga sobre los hombros.

Amo a mis ovejas y ellas me escuchan y saborean mi pasto, mi palabra; vienen tras de mí. Las que no conocen mi amor no me escuchan, no me conocen.

Los pastos son los gozos en los que la mente se sacia: este es el camino. Busca el encuentro, la experiencia de ser amado, perdonado... No es un amor cualquiera el que se nos da en La Palabra, es un amor que nos lleva, nos impulsa a amar como somos amados, hasta la cruz de cada día: Amaos como yo os amo, yo os amo como soy amado por el Padre.

La encarnación de este amor, nos lleva a vivir la Eucaristía participando de la naturaleza divina. Si la Palabra se hace carne y nosotros la comemos; entonces la Palabra se hace carne en nosotros, nos hace partícipes de su divinidad. Por eso nosotros llegamos a ser uno con la Trinidad, pues el Padre está en Cristo y Cristo en nosotros.

Cristo por su naturaleza divina está en el Padre, y nosotros en él por su nacimiento humano y Él en nosotros por la celebración del Sacramento. Así se manifiesta la unidad con Cristo Jesús porque habitamos en él, y él en nosotros en el Padre.

Este amor nos lleva a ser personas nuevas, testigos con experiencia: Hijo, te llevo grabado en mi corazón a pesar de tu conducta; déjame amarte.

¿Quién es ése que sube del desierto vestido de blanco? (Ct). Los que no han manchado su ropa irán conmigo vestidos de blanco, no borraré su nombre del libro de la vida.

Martes, 21 de junio 2022

“Tú eres mi siervo de quien estoy orgulloso”

2R 19,9b-11.14-21.31-36 Yo escudaré a esta ciudad para salvarla.

Sal 47,2-4.10-11 Meditamos tu misericordia en medio de tu templo.

Mt 7,6.12-14 Qué angosto es el camino que lleva a la vida.

Si tenemos a quien nos persigue, a quien nos acusa, al que pone tentaciones, dejemos al Espíritu Santo que nos defienda, revistámonos de Cristo para que nos salve.

Al meditar la Palabra de Dios descubrimos su misericordia. La Palabra es Dios y se hizo carne. Tomó de nosotros lo mortal para darnos la inmortalidad. Haciéndose hombre le hizo partícipe de su vida eterna. Tendrán vida los que participen de Él. Al hacerse mortal participó de nuestra condición y, al que participa de la suya, le da Vida eterna. Al cargar con nuestros pecados, nos liberó de la culpa, y nos justifica.

El amor de Dios al hombre es tal que llega a permitir el sacrificio del Hijo único, para atraer a muchos hacia él; para pagar el rescate de muchos, de los que le dicen: Sí quiero.

La desobediencia a Dios nos lleva a alejarnos de él, a perder la filiación. Por eso, Cristo Jesús vino en la carne para hacernos ver nuestra condición de hijos adoptivos; pasar por la muerte para llegar a la resurrección.

Necesitamos sepultar nuestros bajos instintos, pasar por el bautismo de una vida de pecado a una vida de gracia. Recuerda, Señor, que tu Palabra es mi esperanza, y a mí me toca guardarla (Sal 118,49-56). Sigues padeciendo en nosotros, pues no nos has dejado solos, y sabemos que lo que hacemos a los demás, te lo estamos haciendo a ti que estás en cada uno de nosotros. Bajaste a nosotros solo, pero ya no quieres subir solo, quieres llevarnos contigo: Que donde yo esté estéis también vosotros.

Nos cuesta seguirte, pero en ti ponemos nuestra esperanza.

Domingo, 26 de junio 2022 13º del T. Ordinario

“Resucitamos con él cuando creemos en el que lo resucitó”

1R 19,16b.19-21 Se levantó y marchó tras Elías.

Sal 15,1-2ª.5.7-11 Me saciarás de gozo en tu presencia.

Ga 5,1.13-18 Hermanos, vuestra vocación es la libertad.

Lc 9,51-62 Te seguiré a donde vayas.

El que es seducido por la palabra sigue al testigo coherente y fiel. Así, el que por nosotros se hizo hombre semejante a nosotros quiere convertirnos en hijos y llevar nuestra humanidad al Padre.

¡Cómo no voy a seguirte! Mi mente se entusiasma con la Palabra y mi corazón canta agradecido. Me mantiene en la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Es verdad que la debilidad del ser humano nos lleva a depender de los demás y de las cosas que nos apetecen, pero esperamos en su misericordia.

Se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas. Vosotros viviréis porque yo vivo; esto es lo que intentamos hacer sabiendo de nuestra fragilidad, nos rompemos ante cualquier circunstancia. Pero sabemos que quien enraíza su fe en Cristo Jesús vence al mundo.

Yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros.

Déjame vivir en ti, para que mi amor en ti sea divino, un amor que sacia y plenifica, porque será: como yo os amo. Fortalece a quien lo recibe y en él se da a los demás. Así, al contemplar y recibir la luz le capacita para reflejar la luz, es capaz de dar lo que recibe.

El seguimiento supone aceptar y acoger las situaciones a las que quiera ir en nosotros. Si aceptamos el testimonio que Dios nos propone adquiere la fuerza y la importancia del Hijo. Se convertirá en ti en surtidor de agua viva, y brotará en aquellos que la reciben.

El Espíritu Santo descendió sobre el Hijo de Dios, que se había hecho Hijo de hombre, para que habitara en el género humano y realizara en el hombre la voluntad de Dios, pasando de la condición vieja a la nueva creada en el Hijo, Cristo Jesús; así realiza la redención y resucita nuestra condición.

El agua que yo he de beber, ¿no la vas a beber?

Pautas de oración

Que el Espíritu Santo



nos ayude a seguirte

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES